



## Odio teológico

por Julian Mellado

*Odium theologicum* es el término que se emplea para referirse al odio en materias teológicas o de creencias. Los hombres se odian por diferentes motivos. Tenemos la triste historia de la humanidad para constatar este hecho. Curiosamente, el «odio» no es visto con buenos ojos, en general, y tratamos de disimularlo de diferentes maneras. Pero lo cierto es que el odio es sencillamente el desprecio a una persona.

Pues bien, el término *odium theologicum* apunta a ese desprecio hacia personas que entienden la fe o las doctrinas de otra manera a la que normalmente se espera. A lo largo de los siglos, muchos cristianos han sido víctimas de ese odio «santo» de parte de otros cristianos. Desde el siglo IV se impuso la idea de que los contenidos de la fe cristiana sólo podían tener una interpretación. La que establecía los Concilios. Cualquier disidente de esa interpelación debía ser reducido al silencio.

Conocemos de sobra la historia de la Inquisición, máximo exponente de ese odio teológico. Pero no se dio únicamente en las filas católicas, sino también en las protestantes. Miguel Servet fue quemado vivo en la ciudad de Ginebra, centro del protestantismo, por no estar de acuerdo con la doctrina de la Trinidad.

Estos casos son muy conocidos y siempre pensaremos que fue el error de «otra época».

La verdad es que el *odium theologicum* persiste hoy en las filas del cristianismo. El ambiente social ha



cambiado y en Occidente ya no se ejecuta a nadie por motivos de conciencia. ¿Significa que se ha superado esa etapa de odio teológico?

En realidad no. Desde el momento que se establece una «ortodoxia» que se considera como la única verdadera, se levanta a la vez la necesidad de combatir a los oponentes o disidentes. A imitación del siglo IV, esa «ortodoxia» establece quién es y quién no es cristiano.

Todo aquel que acepta lo establecido por esa «autoridad» es bienvenido. Se le adoctrina en contenidos dados una vez para siempre.

No se suele explicar cómo surgieron esos contenidos, y si se hace, es con la negación al derecho del pensamiento crítico.

La autoridad autoproclamada convence a sus seguidores que ha sido otorgada por derecho divino. Así que ir contra esa ortodoxia es negar a

Tortura de la maestra anabaptista Úrsula, a manos de la Inquisición. Maastricht, año 1570. Grabado de Jan Luyken (1685)

Dios, que en el contexto creyente es el peor de los crímenes.

Pero el cristianismo no ha tenido nunca una sola interpelación. Ha habido maneras de pensar mayoritarias, que se impusieron por la fuerza. Por supuesto que había y hay creyentes que creen en esas doctrinas de manera libre y por el uso de su libre examen. No obstante, también hay otros cristianos que por su propio examen han llegado a otras conclusiones. Con el deseo de ser fiel a Dios, llegaron a la conclusión de que debían cambiar su pensamiento. Lo ideal sería que se dialogara, se respetara las diferentes expresiones, buscando siempre acercarse al espíritu de Jesús, que no condenó a nadie por motivo de doctrinas. Hasta alabó la fe de un centurión

### También en este número:

Pero no estamos en guerra	3
El pecado de la vanidad	4
Noticias de nuestras iglesias	7
Diccionario: escatología	8

romano pagano, porque su amor por su siervo le llevó a buscar la ayuda de Jesús. Parece que el Maestro daba prioridad a otras cosas.

El odio teológico es sutil.

Los demás odios son evidentes, y podemos detectar la miseria de carácter de quien viva de esa manera. Podemos detectar causas psicológicas, biográficas o de otro tipo. En general, los psicólogos u otros consejeros tratan de librar a las personas de ese sentimiento o estado destructor.

Pero el odio teológico se expresa como «fidelidad al Señor». Defiende lo que se considera sagrado, contra lo que se interpreta como amenazante. Se presenta pues, como una «virtud» ya que combate el error doctrinal. Debido a que se entiende la fe como el asentimiento a una serie de dogmas, el que los niegue está atentando contra Dios. O sea que es un hereje.

Bien es sabido que el hereje no tiene derechos, es el peor de los hombres, desde la perspectiva de la fe ortodoxa. Un pagano, una persona de otra religión, o un ateo, ignora la verdadera fe. Por lo tanto todavía la puede conocer. Un hereje **niega** esa fe considerada única y verdadera. (Es paradójico cuanto menos, saber que existen varias ortodoxias. Éstas no sólo no coinciden entre sí sino que han combatido cada una contra las demás a lo largo de los siglos.)

Hoy no vivimos en los tiempos de las hogueras. Pero al que es considerado hereje se le condena a la «muerte social» o «muerte eclesial».

Cuando uno pertenece a una comunidad de fe entendida de esa manera, no tiene el derecho a pensar por sí mismo. Ya le dicen lo que tiene que decir y pensar. Si por el uso del libre examen esa persona llega a otras conclusiones, las consecuencias pueden ser terribles. Si antes fue apreciado ahora es despreciado en nombre de la Sana Doctrina, es decir de Dios mismo. Esa persona pasará a ser alguien peligroso. Hay que excluirle. No tiene derechos. No importa que se siga considerando cristiano. No es uno de los que «van con nosotros». Aquellas amistades que creía tener desaparecen y a veces hasta tiene repercusiones en la propia familia. Pasa a ser simple-

**Pero el Odio teológico se expresa como «fidelidad al Señor». Defiende lo que se considera sagrado, contra lo que se interpreta como amenazante. Se presenta pues, como una «virtud» ya que combate el error doctrinal.**

---

mente... nada. El *odium theologicum* tiene un poder asombroso ya que se disfraza de virtud y en su nombre cualquier cosa se puede hacer o decir del considerado hereje.

La comunidad de fe debería ser un lugar donde se fomentara el derecho al libre examen. Un lugar para compartir, dialogar e incluso debatir, en un esfuerzo por discernir la voz de Jesús. Una comunidad que sabe la diferencia entre Fe y Creencia.

La fe es la confianza en Dios, en Jesús, como respuesta a un encuentro en lo más profundo de la vida. *El justo por la fe vivirá* —es decir, por lo que confía. Las creencias son elaboraciones para explicar esas experiencias. Y se hacen según los criterios culturales de cada época y lugar.

Las doctrinas no son inamovibles. Se pueden corregir, mejorar, reelaborar según los avances de las ciencias bíblicas y seculares. El núcleo se mantiene firme. Podría resumirse en esas palabras del evangelio según Juan: *Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero y a Jesucristo, a quien has enviado* (Jn 17,3).

---

**La comunidad de fe debería ser un lugar donde se fomentara el derecho al libre examen. Un lugar para compartir, dialogar e incluso debatir, en un esfuerzo por discernir la voz de Jesús.**

Conocer a Dios no es elaborar dogmas o pretender tener un conocimiento teórico infalible, sino «amarlo», vivir esa experiencia inefable; y la adhesión a Jesucristo como criterio existencial absoluto.

Cuando a Jesús le hablaron de uno que usaba su nombre «pero no sigue con nosotros», el Maestro contestó : «No se lo prohibáis; porque el que no es contra nosotros, por nosotros es» (Lc 9, 50).

En los debates habría que averiguar si realmente el llamado «hereje» va en contra de Jesús o no. Quizás tenga otra forma de entender las doctrinas. Jesús fue acusado de hereje, por «modificar» la teología del judaísmo de su tiempo. En realidad lo que Cristo hizo fue predicar y practicar la Doctrina que Sana. Su «doctrina» era su manera de ser, sus gestos, sus enseñanzas, que incluían a todo aquel necesitado de amor, de compasión, de sentido. Y anunciaba a ese *Abba*, que era como el padre de la parábola del Hijo Pródigo.

El *odium theologicum* es simplemente odio. No es fidelidad a Dios, sino a las propias creencias. Necesitamos comprender que ahora vemos las cosas imperfectamente, como decía Pablo (1 Co 13,12). Y que lo firme, lo que permanece, es el amor.

Parfraseando las palabras de Sebastian Castelio diremos: «Despreciar a una persona por defender la sana doctrina, no es defender la sana doctrina. Solamente es despreciar a una persona».

# Pero no estamos en guerra

por Dionisio Byler

La sociedad española estamos sumidos en una especie de estado depresivo donde lo vemos todo oscuro y se nos antoja muy difícil el presente y poco menos que imposible el futuro.

Desconfiamos de toda la clase política, que nos ha traído hasta aquí con campañas electorales engañosas. Nos han dicho lo que pensaban que el votante quería oír, mientras construían en paralelo un entramado corrupto donde instalarse como privilegiados en medio del padecimiento generalizado que ellos no han sabido evitar.

Desconfiamos de un sistema económico que rescata bancos sobre las espaldas de la ciudadanía, mientras echan sin contemplaciones de sus casas a los que no pueden pagar sus hipotecas.

Desconfiamos de las grandes empresas de las que dependemos para servicios de telecomunicaciones o energía. Nos suben sus tarifas mientras anuncian como hondamente perturbador el hecho de estar ganando — aunque siempre ganando — algunos miles de millones de euros menos.

Este país al que llegaban hace poco decenas de miles de inmigrantes todos los años por las oportunidades de trabajo que aquí había, es hoy un expor-

tador de mano de obra: Nuestra juventud que tiene que emigrar para buscar fortuna en otras latitudes.

Nos dicen que dentro de poco tocaremos fondo y que en no mucho tiempo las cosas van a mejorar. Pero es que nos vienen diciendo esto mismo desde que empezó lo que al principio se dio en llamar *la crisis* porque se antojaba un pequeño bajón de poca duración. Pero que ya no es crisis sino el nuevo mundo del siglo XXI, donde irán en aumento las diferencias entre pobres y ricos. Donde unos pocos afortunados seguirán aumentando sus fortunas mientras la inmensa masa social aprende a resignarse a un presente sin prosperidad y un futuro sin perspectivas de mejora.

Todo esto es cierto y hasta aquí, es justificable la sensación de pesimismo que nos invade.

Pero hay otra realidad que tampoco debemos olvidar. Una realidad de privilegio y bendición en esta generación que si la olvidamos, olvidamos también la debida gratitud al Señor que nos bendice. Sí, porque a pesar de la tan lamentada *crisis*, somos una generación privilegiada.

No estamos en guerra.

A 75 años de la Guerra Civil Española, nos parece natural vivir en paz y

nos quejamos de estos males de los que sólo se puede dar el lujo de quejarse una generación de paz. En realidad, sin embargo, el hecho de vivir en tiempos de paz, libres del terrible e inhumano azote de la guerra, es un privilegio relativamente escaso en el transcurrir de la historia humana. Y cualquiera que lo olvide, debería leer algún relato histórico sobre Europa durante las guerras de 1914-1918 y 1939-1945 o sobre España durante los años 1936-1939. El que se le antoje aburrido leer historia pura, que lea novelas de guerra. Hay muchas y a cual más terrible en el panorama que pintan de la crueldad y miseria y hambre y muerte que todo lo tocan en tiempos de guerra.

Si nos parece que nuestros políticos de hoy son incompetentes, ¡qué decir de los que condujeron a España a la guerra hispano-estadounidense de 1898, cuando se perdió Cuba, Puerto Rico y las Filipinas!

Si nos parece que la clase social de los ricos es especialmente voraz, corrupta e inhumana hoy día, ¡qué decir de la nobleza del régimen zarista en la Rusia anterior a la Revolución soviética, o la del régimen absolutista español del siglo XVIII!

Aunque no soy un creyente del todo convencido en la doctrina del progreso histórico de la humanidad, sí que me convence que casi cualquier economía de paz que sea posible imaginar, es mejor que cualquiera de las guerras que han asolado con alarmanter periodicidad la existencia humana. Y es un progreso evidente, la larga racha de paz que llevamos ahora.

Y creo que si olvidamos agradecer a Dios permanentemente el habernos concedido el privilegio de vivir en una generación de paz, nuestras oraciones se pueden tornar injustamente quejosas e ingratas.



Guerra Civil Española  
Foto: Francisco Boix Campo (1920-51)

Nos estaremos quedando sin trabajo, bien es cierto, pero no nos llaman a filas para hacer de carne de cañón en batallas cuyo único resultado seguro, es que morirán cientos de miles de seres humanos. Algunos perdemos nuestras casas por la voracidad de los bancos, pero no nos las bombardean desde el aire estando nosotros y nuestros hijos en ellas. En el seno de nuestras familias tenemos que arrimar el hombro para que de los que siguen cobrando un sueldo, puedan vivir los demás. Pero nuestras familias siguen enteras, sin llorar los caídos en el campo de batalla o en el cañoneo de nuestras ciudades. ¡Que me den mil *crisis* como esta, con tal de que no tenga que vivir la angustia de preguntarme cada día si mis hijos habrán caído en batalla, ni que llamen a la puerta de mis hijas, con cara seria, para comunicarles que ahora son viudas de guerra!

Nos quejamos porque hemos perdido memoria histórica. Nos quejamos porque ya no recordamos que desde siempre, la guerra es tan frecuente como la paz. Nos quejamos porque nos parece *natural* vivir en paz.

Pero no es natural.

Es una dispensación especial de la protección del Altísimo, que él ha querido derramar sobre nuestra generación. Y no sabemos cuánto más durará; pero sabemos que hasta que se consume en su perfección el Reino de Dios, habrá siempre guerras y rumores de guerras. Esa es la triste *normalidad* de la existencia humana. Y nuestra paz es entonces más o menos excepcional.

Me produce espanto la ligereza con que algunos de nuestros políticos avivan las llamas del sentimiento nacionalista, como si el nacionalismo fuese un sentimiento inofensivo e

inocente. ¡Qué insensata ignorancia de la historia de guerras y odios generacionales que ha provocado ese engendro del Diablo que es el nacionalismo —todos los nacionalismos! El ejemplo más reciente han sido las guerras de la disolución de Yugoslavia a finales del siglo XX. Un precedente hartamente inquietante, de mal augurio para lo que puede traernos el futuro a los españoles, como nuestros políticos no dejen de jugar con el fuego de los sentimientos nacionalistas.

No, la paz no es ni *natural* ni segura. Es un paréntesis de bendición y privilegio por el que debemos agradecer a Dios cada día en nuestras oraciones. Porque por mala que sea la presente *crisis*, esto es gloria en comparación con la guerra.

Demos gracias al Señor e implorémosle seguir en paz todos los días de nuestra vida.

## Nueve pecados de ayer, de hoy y de mañana (XI)

por José Luis Suárez

### 9º - El pecado de la vanidad

#### 1. ¿Qué es la vanidad?

La palabra latina que significa «vanidad» es *vanagloria*, que para este estudio significaría reputación vacía de contenido. A la persona vanidosa le gusta el halago, la alabanza y el reconocimiento de los demás. Es una persona que muestra un paquete con un envoltorio hermoso, llamativo y hasta deslumbrante, pero que solo es un envoltorio, ya que cuando se abre no contiene nada, está vacío. El envoltorio no es sino un engaño, puesto que no corresponde a lo que se encuentra en el interior. La vanidad es la manifestación de rasgos de segundo orden que se convierten en el primer elemento de la realidad. El embalaje, el vestido, las influencias son más importantes que la realidad. Conozco una persona dominada por el pecado de la vanidad, que entre algunas de sus expresiones favoritas, está «yo vendo humo». La expresión popular de esto

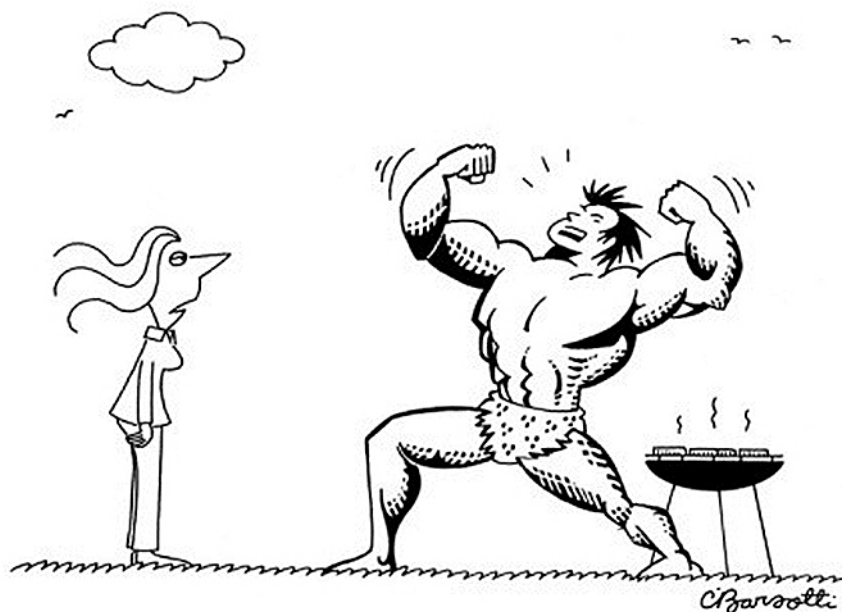
sería el «vender gato por liebre» —y además saber venderlo muy bien.

La vanidad es la necesidad de envolver la verdadera esencia de la persona bajo una capa deslumbrante de algo que no existe, con lo que se engaña a sí mismo a los demás. El engaño es la manifestación más profunda de la persona vanidosa y es al tiempo no querer darse cuenta de que no se tiene nada de lo que se está ofreciendo; es la dificultad de discernir lo que se siente de verdad e incluso quién es uno mismo.

La vanidad es la presentación de una buena imagen; brillar en el mundo, el afán por el éxito, ser más brillante que los demás, vivir según el principio de que se logran recompensas por lo realizado. El pecado de la vanagloria es una visión distorsionada de la realidad que reza «vales por los triunfos que logras y eres lo que has

logrado». Es la convicción que la valía como persona depende sobre todo de los éxitos profesionales y del estatus social. Es la identificación no con lo que uno es, sino con lo que uno hace.

El tipo de personas dominadas por el pecado de la vanidad son camaleónicas, ambiciosas, competitivas y adictas al trabajo. Es por ello que generalmente están enamoradas de su propia imagen, lo cual les lleva a estar constantemente preocupadas por la manera que se muestran a los demás, ya que la imagen es un elemento clave de su personalidad narcisista. Se puede incluso proyectar una imagen triunfante cuando en realidad se está viviendo un auténtico fracaso. Se puede estar viviendo un baile de disfraces con el convencimiento de que el disfraz es la realidad.



*Supongo que eso quiere decir que ya está la barbacoa.*

## 2. Consecuencias del pecado de la vanidad

La persona vanidosa vive una lucha constante de competitividad en la que o se gana o se pierde. La vida es una lucha donde hay que ganar y para ello todos los medios son válidos. El éxito es su gran fascinación. El fracaso es una realidad que no puede hacer parte de la vida de estas personas, porque nada es más trágico que el fracaso.

Debido a su facilidad para adaptarse a las expectativas de su entorno, cautivan a los demás. Aunque muy a menudo su adaptación al entorno tiene como propósito conseguir sus objetivos personales; es por ello que se les llaman personas camaleónicas.

Las personas vanidosas pueden fácilmente llegar a la cima del poder, ser gerentes de empresas, banqueros, presidentes de gobierno y directores de multinacionales que están toda su vida ocupadas en trepar por la escala del éxito. Esto se convierte en el único contenido de su vida, ya que todo lo que no corresponde a escalar, no es importante para estas personas. Este es su pecado pero al tiempo su enfermedad, ya que muchas veces llegar a la cima se convierte en el valor más importante de su vida y la única razón de vivir.

Posiblemente la consecuencia más importante de una persona vanidosa es su adicción al trabajo, incluso se siente incómoda si está inactiva. Recuerdo lo vivido hace unos años con una persona vanidosa, cuando juntos participamos en un Congreso en un lugar maravilloso de Europa, y debido a una huelga de aviones tuvimos que viajar un día antes de lo previsto. Las 24 horas de espera en el hotel, con unas playas hermosas y un tiempo extraordinario, se convirtió en un tiempo de desánimo, de frustración, de tiempo perdido y hasta de enfado, todo por el hecho de no estar haciendo nada productivo. El no hacer nada durante 24 horas, se convirtió en una experiencia muy negativa para esta persona. Descubrí que mi acompañante en este Congreso, vivía la vida de forma acelerada, sin tiempo para pararse, para disfrutar de la naturaleza y de la vida. Me di cuenta que su agenda solo tenía un nombre: trabajo, trabajo, trabajo.

Las personas dominadas por el pecado de la vanidad, se dejan absorber completamente por su profesión, su papel social o sus proyectos y se convierten en una esponja sedienta que nunca tiene suficiente agua.

A las personas vanidosas les cuesta admitir sus equivocaciones debido a que eso sería reconocer sus fracasos, por lo que en sus momentos de debili-

dad la mentira se convierte en su forma de esconderlos. La crítica es algo muy amenazador, ya que les destruye la máscara que esconde la realidad.

## 3. Patrones sociales y bíblicos de la vanidad

La vanidad es el sistema capitalista que domina la economía mundial y el comportamiento enfermizo que lo único que pretende es el éxito; aunque en el camino deje víctimas debido a su voracidad. Llegar a la cima, aunque no lleguen nunca, es su gran objetivo. El sistema capitalista de nuestro mundo es la mayor expresión del pecado de la vanidad.

Igualmente las exitosas campañas espirituales de algunos predicadores televisivos, personas radiantes que derrochan optimismo y que venden a Jesús como una receta para el éxito, manifiestan muy a menudo el pecado de la vanidad.

Dos personajes bíblicos que representan este tipo de pecado son Judas y Pilato. En ambos aunque de forma diferentes encontramos el dilema de ambiciones no resueltas.

Según algunos historiadores, Judas traicionó a Jesús con el propósito de impulsarle a la acción y obligarle a tomar el poder como el Mesías que era. Cuando Judas se dio cuenta de que su plan no le salió bien, optó por el suicidio. Igualmente su ambición al dinero como símbolo del éxito es coherente con su planteamiento en cuanto a Jesús.

Pilato, el poderoso político Romano, estaba convencido de la inocencia de Jesús —«Yo no encuentro delito en este hombre» (Juan 18,38)— pero

---

**La vanidad es el sistema capitalista que domina la economía mundial y el comportamiento enfermizo que lo único que pretende es el éxito; aunque en el camino deje víctimas debido a su voracidad.**

la sentencia de exculpar a Jesús de lo que se le acusaba, le habría complicado y mucho la posición de poder en la que se encontraba. En el interrogatorio, Pilato plantea la pregunta típica de una persona vanidosa: «¿Qué es la verdad?» (Juan 18,38). Pilato es consciente de que esta pregunta no es otra cosa que un juego, pero como para la persona vanidosa lo que importa es el éxito personal, se adapta a toda realidad en la que salga beneficiado. Todo el relato del encuentro de Jesús con Pilato nos muestra la ambigüedad y la dificultad de Pilato para comprometerse con una causa justa.

Pilato, como toda persona vanidosa, tiene muchas dificultades para la introspección y el sondeo de su mundo interior, ya que para ellas es un territorio desconocido y peligroso, por lo que desentenderse de lo que se debía hacer con Jesús era para él la mejor solución.

#### 4. Respuesta divina a la vanidad

Las tres primeras bienaventuranzas (Mateo 5, 3-5) se refieren a los pobres, a los que lloran, a los humildes, que son manifestaciones de fragilidad. Las personas vanidosas necesitan reconocer su fragilidad para vivir las bienaventuranzas; cuando esto ocurre comienzan un viaje hacia el interior de sí mismos, el cual les lleva a descubrir las máscaras y roles que realizan en la vida y que no corresponden a su verdadera identidad.

Quitarse la máscara con la que viven, será el principio de una vida transformada que les permitirá ser menos exigentes con los logros, con los deseos de triunfar a toda costa, la renuncia a la seguridad, al estatus social, al dinero, al poder y a la construcción de un imperio en el que el éxito lo es todo.

La gracia divina se manifiesta en las personas vanidosas cuando comprenden que el amor de Dios nos es dado por lo que somos y no por lo que hacemos, que no depende en última instancia del esfuerzo o el trabajo. Es entonces cuando se hacen realidad las palabras del profeta Isaías:

*Los que esperan en el Señor, recobran nuevas fuerzas, alzan su vuelo como las águilas; corren pero no se cansan, andan y no se fatigan (Is 40,31).*

Se dice que el águila es el único animal que puede mirar directamente al sol. Esta imagen nos enseña como la resistencia, la fuerza y la rapidez de un águila puede ser también la realidad de una persona que ha sido liberada de la vanidad.

Cuando la persona vanidosa entra en la dinámica de la veracidad y sinceridad de forma natural, crea una atmósfera tal en su entorno que inspira confianza en los demás y les desafía a conseguir con ella objetivos inimaginables.

#### 5. Para poder ir más lejos con esta reflexión

Las personas dominadas por el pecado de la vanidad deben recordar constantemente que la gente les quiere por lo que son y no por sus grandes capacidades, las cuales muy a menudo no corresponden a lo que **son**.

*La riqueza es como el agua salada, cuanto más bebes, más sed tienes (A. Schopenhauer).*

*Escalé la cima de la fama y no hallé albergue alguno en su altura estéril (R. Tagore).*

Como conclusión a esta serie de estudios, trataré en tres artículos la parte opuesta a «los nueve pecados de ayer de hoy y de mañana». Esta parte opuesta tendrá por título: Los nueve rostros de Dios.



*Y claro que me lo estoy pasando bien.  
Estoy trabajando, ¿no?*

## Noticias de nuestras iglesias

## Origen

**Burgos**, 12 de febrero — El año pasado por estas fechas, los jóvenes de la iglesia Comunidades Unidas Anabautistas de Burgos estábamos viviendo un momento emocionante. Dios estaba comenzando a despertarnos y queríamos compartirlo.

Como grupo sabíamos que era tiempo de empezar a bendecir a otros fuera de nuestra «burbuja», tanto a otros discípulos de Jesús alrededor de nuestro país como a aquellos que tan siquiera saben quién es Él realmente.

Así que empezamos a orar y buscar, y hubo un texto y un lema unánimes que nos dieron visión para lo que llegaría a ser un retiro a nivel nacional en nuestra ciudad.

El texto era Marcos 16,15-18: *Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que crea y sea bautizado, será salvo pero el que no crea será condenado. Estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios, hablarán nuevas lenguas, tomarán serpientes en las manos y aunque beban cosas mortíferas no les hará daño, sobre los enfermos pondrás sus manos y sanarán.*

Nuestra visión como grupo y el nombre del retiro se basaron en volver a las raíces, al **Origen**.

Como jóvenes que se han criado desde siempre en una iglesia, a veces es fácil resignarse y acomodarse porque Dios «ya no hace esas cosas». Sí, Dios tiene sus tiempos y sus formas, pero teníamos ganas de ver lo que Dios quiere en este tiempo en nuestras vidas, en nuestra ciudad y en nuestro país, tal vez no de la misma forma que hizo un día con los primeros discípulos o incluso con nuestras familias, pero creyendo que tiene también un plan para nosotros hoy.

El retiro del año pasado atrajo a unas 140 personas, tanto de iglesias locales como de otras ciudades españolas y como nos gustó la experiencia, este año decidimos repetir.

Con las mismas ganas de bendecir a otros y ver lo que Dios quiere para nuestra generación, el retiro de **Origen** de este año, tendrá como base el versículo de 1 Corintios 2,9: *Ningún ojo ha visto, ningún oído ha escuchado, ninguna mente ha concebido lo que Dios ha preparado para quienes lo aman* —sabiendo que Dios quiere bendecirnos con todas estas cosas que todavía nadie ha experimentado pero a su vez reconociendo que todo esto vendrá para los que están dispuestos a pagar un precio.

El lema del retiro está basado en la «Generación 3.0»:

«Ha comenzado el tercer milenio y nosotros somos la primera generación, con un sistema de comunicación totalmente nuevo. El whats app, las redes sociales, el Discovery Max, Internet, todo a nuestro alcance en muy poco tiempo. Vivimos en un mundo totalmente distinto a la primera generación del Siglo I pero dentro de este nuevo mundo, queremos hablar, escuchar y pensar como en el **Origen**, por medio del espíritu. Y nos toca a nosotros marcar la pauta en el principio del 3.0».

El retiro de jóvenes **Origen** se celebrará del 8 al 10 de marzo en Burgos.

Para más información o para inscribirte consultar en:

<http://origen2013.tumblr.com/>

—Vanessa Moreno Rebollo



## Diccionario de términos bíblicos y teológicos

**escatología** — Discurso o investigación que trata sobre «los últimos tiempos», el final de la historia, el fin del tiempo. (Del griego, *éschatos*, último).

En las etapas más antiguas de la fe de Israel no se observa ningún interés en el fin del mundo, salvo tal vez en un sentido negativo: La historia de Noé incluye la promesa expresa de que Dios no volverá a eliminar la totalidad de la vida de la Tierra.

Posteriormente algunos de los profetas —notablemente Isaías— hablan del juicio del Señor contra Samaría y Jerusalén en términos que dan a entender un colapso ecológico que va mucho más allá de lo que se produciría con una derrota militar y la esclavización de la población del país. Asimismo algunas de las profecías de reconstrucción nacional se expresan en términos que dan a entender la revitalización generalizada de la naturaleza entera. Bien es posible que el lenguaje que utilizan los profetas sea el habitual entre los pueblos de aquella parte del mundo para describir el ciclo anual de la naturaleza —el invierno y la primavera—, pero ahora ese lenguaje se emplea para describir un evento presumiblemente único en el futuro, cuyos efectos serán «el fin del mundo» —del mundo tal como lo conocían los israelitas— y el auge de «un mundo nuevo».

El profeta Ezequiel dio un impulso notable a esta manera de entender el futuro de Israel como algo que transforma no solamente la historia humana sino toda la naturaleza. En su descripción del Israel del futuro en los últimos capítulos del libro, ya no se reconoce la geografía natural del país, que ahora será absolutamente simétrico, como un inmenso jardín artificial donde ya no caben los rasgos naturales del territorio. Su descripción del templo futuro se escapa de lo naturalmente posible y tal vez hubiera que intentar imaginarlo en cuatro dimensiones (que no solamente las tres de largo, ancho y alto).

Esta tendencia a describir el futuro de Israel en términos cada vez más

fantásticos culmina —en el Antiguo Testamento— en algunas partes del libro de Daniel (escritas en el siglo II a.C.). Aquí la historia de varios siglos se explica como vista de antemano en visiones, donde diferentes elementos de la visión van representando una sucesión de eventos históricos. Estos culminarán en una última gran intervención redentora del Señor, que restaurará la gloria de Israel. Podemos saber con más o menos exactitud cuándo se escriben estas visiones «escatológicas» —de los últimos tiempos— porque consisten de una parte histórica y otra parte de descripción del difícil presente de Israel, y por último una serie de predicciones, algunas de las cuales se cumplieron pero otras no. El autor describe con exactitud el pasado y el presente, naturalmente, pero sus predicciones del futuro carecen de esa misma exactitud.

Esa falta de precisión en la última parte, la que describe lo que ha de acontecer en el futuro, ha dado lugar a multitud de interpretaciones y especulaciones futuristas, que aplazan el cumplimiento hacia un futuro lejano. Como pasa con el propio autor de Daniel, esas interpretaciones suelen ser creíbles hasta el presente y se considera que los aspectos futuros están por caer muy próximamente. Hasta ahora —y llevamos dos mil y pico años con ello— todos esos intentos de pronosticar con exactitud el futuro vienen fracasando. Pero las ansias de volver a intentarlo son lo que nos ha legado la «escatología» —que trata del anunciado fin del mundo y de la historia.

Es habitual considerar que el Apocalipsis de Juan, en el Nuevo Testamento, comparte esta misma tendencia a la especulación futurista. Un servidor que escribe estas líneas, sin embargo, considero que Juan emplea ese mismo género literario de visiones y revelaciones angelicales, para narrar las consecuencias universales de un hecho que ya se ha producido en el pasado: la venida del Mesías, Jesús. El Apocalipsis no versaría entonces sobre un futuro lejano, sino sobre la

importancia presente y eterna del Cordero Inmolado. Lo importante no sería lo que va a pasar sino lo que ya ha pasado.

La escatología se suele construir sobre la base del Apocalipsis, algunos capítulos de Daniel, ciertas afirmaciones de Jesús (en los Evangelios), algunos versículos de Judas y 2 Pedro y varios pasajes de Pablo sobre la resurrección, el «anticristo» y el juicio final. La esperanza de gloria y un desenlace feliz de la historia humana es el meollo de la escatología cristiana. Las especulaciones detalladas sobre lo que ha de venir, sin embargo, han resultado ser siempre —sin excepción— falsas y vanas. Tienden habitualmente, además, a apuntalar actitudes de juicio y condenación y a justificar la violencia y las guerras.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de AMYHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo – España).

c./ Estrella Polar, 10  
09197 Quintanadueñas (Burgos)

**Director:** Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMYHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de AMYHCE.

[www.menonitas.org](http://www.menonitas.org)